

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO II—TOMO III | San Salvador, Domingo 4 de Febrero de 1883. | SERIE VIII—N. 88

LA CUARESMA.

Se acerca ya el santo tiempo de *cuaresma*.

Es la santa *cuaresma* el tiempo destinado por la Iglesia para preparar á los cristianos á la celebración de los augustos y venerables misterios de la redención, y especialmente el de la resurrección del divino Salvador.

Por una série admirable de instrucciones y de prácticas sagradas, la Iglesia nos dispone á recibir con abundancia los preciosos bienes y dones celestiales, que son el fruto copioso de nuestro divino rescate.

La institución de la *cuaresma* data de los primeros tiempos apostólicos, y nó solo es una época de preparación, sino también de espiritual medicina para el alma.

Tres son las fuentes de donde vienen para nosotros los vicios, los pecados y todos los males que nos afligen sobre la tierra: el amor desordenado de los placéres, el amor desordenado de las riquezas y el amor desordenado de los honores. Estos tres desordenados amores á las criaturas, nos apartan del amor recto y ordenado que debemos solo á Dios. Son las tres grandes concupiscencias, de que nos habla el apóstol san Juan, cuando nos dice en su 1.^a epístola católica:

—“No ameís al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, la caridad (ó el amor) del Padre no puede hallarse en él, porque en el mundo no hay más que *concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida.*”

La sensualidad, pues, la codicia, y la ambición ó la soberbia, son el triple fecundo origen de todos los males y desventuras, que nos aquejan y persiguen en la vida presente. Son las tres heridas mortales que hacen estar enferma á nuestra pobre humanidad, y que causan, junto con la muerte espiritual del alma, ese cúmulo de desgracias y sufrimientos, inseparables de todas las condiciones de la vida.

Esas mismas concupiscencias son también las tres poderosas armas con que el hombre inferior, el *hombre animal*, de que nos habla el apóstol,

combate sin cesar al hombre superior, al *hombre espiritual*, que aspira á realizar en nosotros los altos y nobles designios del Creador.

El hombre, tal como saliera de las manos de su Hacedor Supremo, era una imagen viva de la Divinidad, un reflejo de su infinita sabiduría, una imitación de su Trinidad santísima. El desorden causado por la culpa en su naturaleza perfecta y agraciada, engendró esas tres concupiscencias, que le conducen á las tinieblas de la ignorancia, al extravío de la voluntad y á la perversidad del corazón.

El hombre, desde entonces, si no ha dejado de ser imagen de Dios, ni ha podido borrar del todo en su alma los resplandores de la Majestad divina, ha continuado siendo por lo menos una imagen desfigurada, y ha hecho de su noble y única naturaleza, una naturaleza doble é imperfecta. Hay en cada hombre como si dijéramos dos hombres: el hombre carnal, que arrastra el alma al pecado, á la corrupción moral y al vicio, y el hombre espiritual, que la lleva á la gracia, al cumplimiento del orden, y al ejercicio del bien y la virtud.

De allí nace ese combate formidable, esa lucha constante, que hace de la vida del hombre sobre la tierra una milicia perpétua, en que juegan de continuo las pasiones degradantes del hombre mundano, del hombre carnal, y las nobles aspiraciones del hombre divino, del hombre espiritual.

Esa dualidad humana hizo incurrir á la antigua sabiduría, abandonada á sus propias fuerzas, y separada de una divina y celestial revelación, en los más deplorables errores y extravíos. Deseando fijar los linderos que separan el bien del mal, y establecer la norma de las acciones humanas, buscó en la región de los cielos el origen de esa perpétua contradicción, de esa lucha incesante entre la parte superior y la parte inferior de nuestro sér. No desconoció la existencia de un Creador universal, ni el sello divino estampado en el seno de la humana naturaleza; pero admitió en aquel un principio doble, inmutable, contradictorio y eterno, y en esta la imagen mudable de ese doble principio, en eterna con-

tradición consigo mismo.

Tal fué la causa que produjo en todas las escuelas de la antigua filosofía de Oriente la absurda teoría del *Dualismo*, ó sea, de la simultánea existencia de dos Principios eternos, el uno infinitamente bueno y origen de todos los bienes, y el otro infinitamente malo y origen de todos los males.

Reservado estaba á la religión verdadera, que Jesucristo vino á establecer y propagar entre los hombres, explicar esos misterios, que escapan al alcance de la razón, y de cuya inteligencia depende toda nuestra felicidad y nuestra dicha.

La lucha entre el hombre carnal y el hombre espiritual, entre el géneo del mal y el espíritu del bien, es inevitable, dada la miserable condición á que el pecado original ha reducido á nuestra humana naturaleza.

En ese estado de lucha y de combate, no es posible la felicidad del hombre, si la victoria no se declara á favor del espíritu contra las exigencias de la carne.

La idea de nuestra redención por Jesucristo, nó solo envuelve la idea de una expiación ante la Majestad de Dios y su eterna Justicia, infinitamente ofendida por nuestras culpas, sino también la de un remedio soberano á los grandes males que nos aquejan, la de un auxilio eficaz y poderoso para favorecer el triunfo decisivo del espíritu sobre la materia, la de una intervención divina que devuelva al hombre sus antiguos derechos y su primera naturaleza espiritual, haciendo desaparecer al hombre terreno con todos sus vicios y concupiscencias carnales.

El hombre carnal no es otra cosa que el mismo hombre espiritual degenerado por el vicio y el pecado. De allí es que á las tres nobles facultades del hombre espiritual y divino, corresponden tres facultades de corrupción en el hombre material y terreno.

Sensibilidad, inteligencia y voluntad, son las tres nobles facultades del hombre espiritual: sensualidad, soberbia y codicia, son las tres facultades del hombre carnal, y cada una de ellas no es más que la degeneración respectiva de las tres primeras.

El divino Rehabilitador de la especie humana ha debido dejar, y en efecto ha dejado, remedios supremos para destruir estas facultades del hombre carnal, y devolvernos las muy nobles y elevadas del hombre espiritual.

La Iglesia, que administra y distribuye con una sabiduría que ha recibido de lo alto, los preciosos é inestimables dones de esa rehabilitación humana, aplica á nuestras almas esos eficaces remedios y soberanos auxilios.

Opone á la sensualidad, ó sea al amor desordenado de los placeres y deleites carnales, la mortificación, el ayuno y la abstinencia: opone á la ambición y á la soberbia, ó sea al amor desordenado de nosotros mismos y de los honores mundanos, la oración y la plegaria, con que nos

humillamos profundamente ante la Majestad divina, reconociendo la vileza y la nada de nuestro sér; y opone, en fin, á la codicia, ó amor desordenado á las riquezas y á los otros bienes perecederos de este mundo, la liberalidad y la largueza, junto con un espíritu de abnegación completa y de verdadero desprendimiento de todas las cosas de la tierra.

El *ayuno*, la *oración* y la *limosna*: hé aquí los tres heroicos remedios que el cristianismo aplica á las tres grandes heridas del corazón humano, que causan toda nuestra miseria y desventura.

Esos tres heroicos remedios y virtudes incomparables, que constituyen toda la esencia y todo el fondo del cristianismo, destruyen por completo al hombre carnal, al hombre guiado en todas sus aspiraciones, operaciones y tendencias por el géneo satánico de la malignidad y la perfidia, y hacen revivir al mismo tiempo al hombre espiritual, al hombre divino y rehabilitado con los dones sobrenaturales de su primera grandeza.

¡Cuánta sabiduría entrañan los preceptos morales de nuestra religión divina! ¡Cuán profundo conocimiento del corazón humano muestra tener el autor de una doctrina, que así promueve la felicidad verdadera de los hombres!

Sin el ayuno, la oración y la limosna, nos es de todo punto imposible aplicar á nuestras almas, para ser felices y perfectos, los inmensos beneficios de la redención de Jesucristo.

En el ayuno, la oración y la limosna, se apoyan, como en una base segura y en un fundamento incommovible, todas las máximas y preceptos de la moral del evangelio.

Las vanas teorías de los hombres y las ruidosas declamaciones de la sabiduría del siglo, jamás lograrán hacer un solo hombre feliz sobre la tierra. Si ellos son, como sucede con frecuencia, cópias imperfectas y pálidas imitaciones de aquellos sublimes principios, podrán acaso contribuir en parte á promover esa felicidad verdadera á que todos aspiramos.

La importancia social del ayuno, de la oración y la limosna, está al alcance de todos para que de ella sea permitido dudar.

En los institutos religiosos, en que se ponen en práctica los consejos evangélicos y se profesa la más alta perfección cristiana, esas tres grandes virtudes están consagradas por tres votos solemnes y perfectos, que forman toda la esencia y naturaleza de la vida religiosa: el *ayuno*, con el voto de castidad; la *oración*, con el voto de obediencia; y la *limosna*, con el voto de pobreza.

Pero también estamos obligados todos los cristianos á ejercitarnos en ellas, porque solo por su medio podemos adquirir derecho á la temporal y eterna felicidad de nuestras almas; y es el santo tiempo de cuaresma la época principalmente destinada por la Iglesia para reeor-

deben su exacto ejercicio y cumplimiento. Todas sus instrucciones, sus prácticas, sus ritos y ceremonias, van encaminadas á este fin y á este noble objeto.

Tales son los sentimientos con que debemos celebrar la santa cuaresma, y prepararnos durante ella á la conmemoración de los augustos y tremendos misterios de nuestra redención humana.

El ayuno y la continua mortificación de los sentidos y de la carne para someterlos á la suprema dirección del espíritu; la oración y el debido recogimiento con que debemos humillarnos ante la Majestad divina para implorar sus bendiciones y sus gracias; la limosna y el completo desprendimiento de las cosas de la tierra, para poder fijar con entera libertad nuestros corazones en el cielo: hé aquí lo que de nosotros exige en el tiempo de *cuaresma*, la Iglesia, nuestra Madre; inspirada por su fundador divino.

—“Estos tres remedios, nos dice San Agustín, á saber, el ayuno, la oración y la limosna, nos fueron espiritualmente recomendados por el Médico celestial, á fin de que, usándolos como medicinales antídotos, podamos curar nuestros males inveterados, repeler los presentes y preservarnos de los futuros.”

San Salvador, Enero de 1883.

SECCION PIADOSA.

Quincuagésima.

De *Quincuagésima* se llama este domingo en los ritos de la Iglesia, porque justamente, á contar desde él, faltan cincuenta días para la gran celebración de la PASCUA, la fiesta más importante del calendario cristiano.

Nada más interesante que el evangelio que la Iglesia somete hoy á nuestra consideración, tomado del capítulo XVIII de san Lucas.

En la semana que sigue á este domingo se dá principio al ayuno cuaresmal, con la imponente ceremonia de la imposición de la ceniza. Este ayuno nos sirve de preparación al recuerdo de los misterios adorables de nuestra redención divina, que hacemos en los días de la Semana Santa, y con más especialidad nos dispone para recibir dignamente el augusto Sacramento de la Eucaristía, en que la Iglesia exige de nosotros el cumplimiento de uno de sus más caros preceptos.

Estos misterios son los que nos han traído la salud eterna del alma, y sin la fé en ellos no nos es posible asegurar esas esperanzas inmortales, que llenan las aspiraciones todas de nuestro corazón.

La fé es un don de Dios, un beneficio del cielo, un favor señalado comunicado por Jesucristo, ratificado por el Padre y confirmado por el Espíritu Santo. Es á Dios, por lo mismo, á quién debemos constantemente pedirla, para que de ella llene nuestras almas y nos asegure en la posesión de esos derechos divinos, que nos prometen una vida bienaventurada y perfecta en la eternidad de los cielos.

Los sábios, según las máximas del mundo, se esfuerzan en querer persuadirse, que la fé es resultado

de profundas convicciones del espíritu, y que no se la debe buscar sino en las demostraciones de la ciencia. ¡Qué error tan lamentable y funesto, propio para causar la ruina de tantas almas, y la perdición y extravío de tantas inteligencias!

La fé debe buscarse en el corazón, en la docilidad de la conciencia, en la calma de las pasiones, en el fervor de una alma apartada de las preocupaciones mundanas y de los intereses de la carne.

Bastante claro nos enseña tan importantes verdades el evangelio de este domingo, como para prepararnos á recibir abundancia de celestiales favores en los días de la santa cuaresma y de la Semana mayor.

Dos partes contiene este evangelio, y ambas cooperan á tan beneficioso objeto. Se nos habla en la primera de la predicción que hizo Jesucristo á sus apóstoles sobre los futuros padecimientos que le esperaban en Jerusalén, á donde ya se dirijía; y en la segunda, de la curación de un ciego de Jericó, que porfiadamente pide al divino Maestro que le restituya la vista.

—“Hé aquí, dice Jesucristo á los doce, que subimos á Jerusalén, y que allí se cumplirá cuanto han escrito los profetas sobre el Hijo del hombre. Será entregado á los gentiles, burlado, azotado y despreciado; y después de haberle azotado, le matarán; pero resucitará al tercero día.”

A continuación tiene buen cuidado el sagrado evangelista de añadir, que los apóstoles “nada de esto entendieron, que estas palabras se ocultaban á ellos, y que nada comprendieron de cuanto se les dijo.”

Esta advertencia del escritor sagrado no está puesta demás: inspirada por el Espíritu Santo, ella contiene para nosotros una lección importante. Con ella se nos dá á entender, que la fé es un don de Dios, y que sólo puede venirnos del cielo como un rico presente de su liberalidad infinita.

Lo que sucedió á los apóstoles, sucede con frecuencia á muchos hombres. Nadie hay que ignore el hecho histórico de la pasión y muerte del Salvador; pero nó todos tienen fé en los misterios augustos y soberanos que esos divinos sucesos entrañan para nosotros.

No es lo mismo tener fé en un suceso divino, que simplemente saberle por la tradición ó las relaciones históricas. Los apóstoles llegaron á saber los futuros acontecimientos dolorosos, que esperaban en Jerusalén á su divino Maestro, como si ya hubieran pasado ó los estuvieran actualmente presenciando. Tan cierto es esto, que el evangelista San Marcos, refiriendo el mismo pasaje, añade la circunstancia de que Jesucristo *habló muy claro*, y dió lugar, por esa misma claridad con que se espresó, á que San Pedro, Príncipe de los apóstoles, se tomara la libertad de reprenderle, porque tomaba la determinación de seguir su camino á Jerusalén, á pesar de que no ignoraba lo que le debía allí pasar.

Todavía es más significativa la respuesta amenazante de Jesucristo á la reprensión de su discípulo, con la que se acaba de manifestar más vivamente la idea que se deja espresada:

—“Véte de aquí, Satanás, le dice, porque tú no conoces las cosas de Dios, sino solo las cosas de los hombres.”

¿Quién no vé con toda claridad y evidencia, que el Salvador nos habla de esa ciencia sobrenatural y divina, que solo puede venirnos de la fé, sobre los hechos que forman la base de la redención humana? Si los apóstoles estaban todavía *obcecados* por los intereses de la carne, como repetidas veces nos dice el evangelio, á pesar de su inmediatez á Jesucristo, y de que presenciaban á cada momento los portentos

CRÓNICA INTERIOR.

de su virtud divina, ¿cómo no lo estaremos nosotros, sino procuramos pedir á Dios que informe nuestra alma y dé luz á nuestra inteligencia, para ser ilustrados con la fé en tan augustos y adorables misterios?

No hay, pues, que confundir cosas de suyo tan diversas. Una cosa es el hecho de la redención, y otra muy diferente la fé en la redención, que se apoya en aquel hecho divino. Al conocimiento del primero podemos llegar por las luces de la razón y poniendo en ejercicio los criterios puramente humanos; pero á la posesión de la fé no podemos llegar sino por una gracia particular del cielo, que debemos pedir humildes y fervorosos en devotas plegarias y oraciones.

El Espíritu Santo, que quitó la ceguera de los apóstolos para abrir sus corazones á la luz divina de la fé, hará otro tanto con nosotros, si renunciando á la soberbia y á las vanidades del siglo, nos sometemos humildes y respetuosos á las enseñanzas de nuestra santa religión.

La curación del ciego de Jericó, que el mismo evangelio de este día en seguida nos refiere, viene á poner el sello de la verdad á lo que se acaba de decir, y á confirmar la máxima que quiso inculcarnos el divino Redentor.

El ciego se hallaba pidiendo limosna junto al camino por donde Jesús debía pasar. Habiendo oído los pasos de la multitud de gentes que le seguían, preguntó qué significaba aquel ruido.

Se le informó que Jesús Nazareno pasaba, y al punto levanta su voz y á gritos exclama:

—*Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí.*

Los acompañantes del Salvador se le acercan para reírle, y le mandan que se calle; pero él grita con mayor fuerza todavía, y dice:

—*Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí.*

El Salvador se pára, manda que se le allegue, y le pregunta:

—*¿Qué quieres que te haga?*

—*Señor, que vea,* le responde el ciego.

—*Pues bien,* replica el Salvador, *mira, que tu fé te ha salvado.*

Y en el acto el ciego comenzó á ver, y siguió á Jesús alabando á Dios por el gran beneficio recibido.

El ciego de Jericó, privado de la vista material y de la luz del sol, representa á todo el género humano, privado de la vista intelectual del alma y de la luz de la fé.

El ciego, tan luego reconoció á Jesús por el testimonio que de él le dieron los transcutes, le pide con instancia, sin respeto humano, y con un corazón humilde y fervoroso, que le *haga ver*. Los hombres todos, al tener noticia de Jesucristo por la predicación de su evangelio y por los brillantes testimonios de su doctrina, propagada en todo el mundo, deben recurrir también á Él, para pedirle el inestimable y precioso dón de la fé en los venerandos misterios de su santa Redención.

Muchos sábios hay, que ciegos completamente para no ver las verdades reveladas ni la luz del orden sobrenatural, piden sentados á las puertas de su razón, estraviada por la soberbia y el orgullo de las pasiones, la escasa limosna de algunas verdades limitadas, que puede suministrarles la ciencia separada de Dios. Si ellos, al estruendo que causan las cristianas generaciones á su paso por el dilatado camino de los siglos, levántaran su voz para gritar y pedir á Jesucristo la curación de su ceguera, diciendo, como el ciego de Jericó: *Señor! ten misericordia de nosotros*, al momento verían resplandecer en los horizontes de su inteligencia, esa luz divina que ha bajado de lo alto para alumbrar á todo hombre que viene á este mundo.

Defunción.—El 29 del corriente falleció en esta Capital el Señor Don Inocente Calderón.

Hace poco tiempo que se había establecido entre nosotros; pero ese poco tiempo bastó para atraerle el aprecio de todos los que le trataron y la simpatía de todos los que le conocieron.

Su carácter amable, la religiosidad de sus sentimientos, su solícita caridad para dividir con los desgraciados los escasos recursos que podía conseguir, le abrieron un lugar distinguido entre las personas más honorables de nuestra sociedad.

Poco después de haber llegado á esta Capital, fué admitido entre los socios de la Conferencia de San Vicente de Paul, cuyas comisiones cerca de los pobres y de los desgraciados desempeñó siempre con puntualidad y satisfacción.

No dudamos que él habrá ya experimentado la verdad de esta palabra divina: *“Bienaventurado el que se ocupa de los huérfanos y de los pobres; porque el Señor le consolará y librará en el día de las desgracias.”*

Damos nuestro más sentido pésame á su apreciable familia, que ha perdido un apoyo tan firme, y á la Conferencia de San Vicente de Paul, que ha perdido un miembro tan activo é importante.

Justicia al mérito.—No solo la prensa, sino además todos los ciudadanos interesados por el orden y adelanto de esta capital, tributan justas alabanzas al Señor Don Antonio Peralta, Alcalde de la Municipalidad actual.

Desde que el voto de sus conciudadanos le confió los intereses locales, él ha correspondido con patriotismo y solícitud, cumpliendo sus múltiples deberes.

Durante el mes transcurrido, se ha ocupado constantemente de la policía y limpieza de la ciudad, de arreglar las calles, de mejorar las escuelas, de reprimir la vagancia, de evitar los desórdenes, y de realizar otras muchas iniciaciones que tienden al bien público.

Si el buen desempeño de ese cargo municipal exige tanta abnegación y sacrificio en quién lo ejerce bien, es muy justo que sus conciudadanos sepan apreciar y agradecer los esfuerzos, hechos en favor de la comunidad.

La Capital ha cumplido ese deber, tributando al Señor Peralta los elogios á que se ha hecho acreedor; y el Católico tiene el gusto de juntar á ellos este pequeño testimonio de alabanza y de reconocimiento, al digno representante del Pueblo Sansalvadoreño.

Misa nueva.—En los anteriores números hemos puesto en conocimiento de nuestros lectores la solemnidad, con que los nuevos sacerdotes Don Francisco Aragón y Don Antonino Suarez han celebrado su primera Misa.—Ahora tenemos la satisfacción de manifestar que el dos del corriente, el Señor Presbítero Don Francisco Rodríguez celebró con igual solemnidad la suya, en la Iglesia parroquial del vecino pueblo de Mejicanos, donde vive su familia.

Muchas personas distinguidas de esta Capital asistieron á ella, y el Señor Presbítero Doctor Don Manuel Francisco Velez desde la Cátedra sagrada demostró con su acostumbrada elocuencia, que el Sacerdocio Católico es la continuación y el perpetuo cumplimiento de la misión del Divino Redentor en la humanidad.

Felicitamos al nuevo Presbítero, deseándole el mejor desempeño de su importante y sublime ministerio.

Los barrios del Calvario y de Candelaria, han celebrado con el entusiasmo de siempre sus funciones titulares; el primero, el Domingo 28 de Enero, y el segundo, el 2 de Febrero.

Ambos se han esforzado para que la parte religiosa de la fiesta se hiciese con la mayor solemnidad y decoro, sin que faltase nada de lo que las costumbres y tradiciones de sus mayores han establecido, desde épocas muy lejanas.

Hace poco que leímos en uno de los periódicos de esta capital, una amarga crítica de las fiestas, con que los barrios de San Salvador acostumbran celebrar los misterios que veneran. En ella se censuraba esas prácticas, como consecuencias de nuestro fanatismo, y se ridiculizaba esas costumbres, como restos de un atrazo que debían desaparecer.

Pero esas prácticas y esas costumbres, ni son peculiares de nuestro país, sino de todos los países católicos aún los más cultos, ni tampoco son costumbres de solo esta época, sino de todos los tiempos del Catolicismo.

Si es bueno criticar algunos abusos que se introducen aún en las cosas mejores, y si es bueno indicar los medios para hacerlos desaparecer, nunca debe confundirse el principio con las aplicaciones, ni mucho menos usarse de un estilo, que ofende las creencias y costumbres generales de la sociedad.

Por fortuna la nuestra tiene un criterio demasiado recto, y una inteligencia más clara que la que se le supone, para hacer de esas críticas y de esas advertencias, el aprecio que merecen.

A pesar de ellas, nuestros barrios continúan y continuarán siempre celebrando sus funciones con el mismo entusiasmo, pese á quien pesare y disguste á quien disgustare.

Además, es más racional que un individuo se conforme con las costumbres de la sociedad en que vive, que el que la sociedad entera sacrifique sus costumbres al gusto de un individuo.

CRONICA EXTRANJERA.

Francia.

La peregrinación nacional francesa al santuario de Lourdes ha tenido un carácter verdaderamente solemne, siendo materialmente imposible calcular el número de peregrinos, los cuales han tenido que ir por tandas.

El Rdmo. Sr. Arzobispo de Avignón y los Rdmos. Señores Obispos de Nantes y de Vannes predicaron sobre la utilidad de la gran peregrinación popular de penitencia á Jerusalén, que tendrá lugar en el próximo abril.

La gran peregrinación recogió muchísimas actas de curaciones de enfermos ó de mejorías notables, verificadas á la vista de todos.

Casi las mismas escenas se repitieron con la peregrinación de los Marselleses el 10 de Setiembre, imponente por su número y entusiasmo.

Ya que en otra ocasión nos ocupamos de León Taxil como calumniador del gran Pío IX, nos ocuparemos ahora de ese mismo desdichado personaje, como escarmento de su conducta impía.

El periódico *Le Reveil*, órgano del comunismo, y encarnizado enemigo de toda idea religiosa, y sobre todo del catolicismo, dice lo siguiente sobre el miserable León Taxil, calumniador del gran santo Pío IX: "El Sr. León Taxil, condenado como ladrón por los tribunales, y arrojado como indigno de la francma-

sonería (según el Boletín oficial del Grande Oriente de Francia, Enero, 1882), ha sido ejecutado en una grande reunión pública, celebrada en la sala del Casino de las Flores, bajo la presidencia del ciudadano Julio Roche, y donde los Sres. Laguerre y Canivet han denunciado la indignidad del Sr. León Taxil, con aplauso de toda la concurrencia.

"Los grupos del libre pensamiento estaban encantados mucho tiempo hacía con el Sr. León Taxil, que explotaba simultáneamente la *inmoralidad* y el libre pensamiento."

¡Ejemplo elocuentísimo que no deben perder de vista los calumniadores...!

(La Cruz).

LOS MIEMBROS de las nuevas *sociedades secretas* francesas se han dado el pomposo título de "*Justicieros del Pueblo*." Uno de los carteles con que los tales Justicieros procuran excitar las malas pasiones de las turbas, termina como sigue:

"Sin hablar de la dinamita, que es la sustancia más apropiada para el caso, recomendamos una mezcla de petróleo y de alcohol, como conveniente para prender fuego. Se mojan los primeros tramos de una escalera, siempre que sea de madera; se inflama el ácido por medio de una pequeña mecha azufrada, y unos momentos después arde toda la casa, desde los sótanos hasta las guardias. ¡Guay de los propietarios! La destrucción y la ruina, harán al fin justicia á los pobres desheredados, y los vengarán de sus verdugos."

(Estrella de Panamá).

Inglaterra.

El lunes tuvo lugar en las inmediaciones de Londres una muy interesante fiesta. Había sido organizada en el Palacio de Cristal de Sydenham por el *Catholic total abstinence league of the cross*.

Esta rama católica de las innumerables sociedades de templanza que existen en Inglaterra se reunió en Sydenham, bajo la presidencia del Cardenal Manning, Arzobispo de Westminster, con asistencia de muchos millares de adherentes.

Escriben á este propósito desde Londres á nuestro excelente colega el *Bien Public* de Gante:

"La reunión tuvo lugar en el salón del teatro del Palacio de Cristal. Muchos discursos fueron pronunciados por diversos oradores eclesiásticos y seglares; el del Cardenal Manning fué interrumpido á cada momento por entusiastas aplausos. Después de la sesión, las 30 sociedades de templanza, precedida cada una de un cuerpo de música, dieron tres veces la vuelta al inmenso jardín de Sydenham, y desfilaron por delante del Cardenal, que, colocado en un estrado y rodeado de su clero, dió la bendición á cada uno de los grupos de adherentes.

"Lo que hacía este espectáculo singularmente interesante era las innumerables banderas llevadas en el cortejo, y que representaban á la Santísima Virgen ó á los Santos protectores de cada una de las sociedades, San Pedro, San José, San Eduardo confesor, &c. Los millares de espectadores, que trenes especiales habían conducido á Sydenham, mostraban todos el más profundo respeto durante el desfile de esta inmensa procesión; ni un grito, ni una demostración hostil."

Parece mentira que en el país protestante por excelencia se den espectáculos tan edificantes, y que tanto tengan que aprender de él las naciones católicas también por excelencia.

El Gobierno de la Reina Victoria ha condecorado con la medalla conmemorativa de la campaña del Afghánistán al Rdo. P. J. Allen, quien se expuso á los mayores peligros, para no privar á los soldados católicos de los auxilios de su religión. Dícese que es el primer sa-

cerdote católico á quien se ha distinguido con medalla militar en Inglaterra.

Hace poco tiempo se abrió nuevamente al culto divino en Northampton la capilla del oratorio de los Caballeros de San Juan de Jerusalén, fundada por Santo Tomás Beeker, Arzobispo de Cantorbery. Pertenecía el edificio recientemente á la Compañía de un camino de hierro, que cediólo á monseñor Amerst, el cual encargó al célebre arquitecto Nichols que restituyese la capilla de nuevo al culto católico. Prosiguió la obra monseñor Riddell, sucesor de monseñor Amerst, que renunció al Episcopado por motivos de salud.

Esta capilla es la segunda iglesia católica que, después del cisma de Enrique VIII, ha vuelto al culto divino. La primera es la de Santa Eitelreda, en Londres, donde viven los Padres del Instituto de la Caridad.

Los periódicos ingleses publican el relato de una tierna ceremonia, que ha tenido lugar pocos días hace en Storrington, condenado de Sullex. Sabido es que los religiosos premostratenses, expulsados de la abadía de Frijolet por los decretos de Ferry, han recibido del duque de Norfolk un extenso terreno, en el que se han establecido y pronto empezarán á construir su monasterio definitivo. Los premostratenses han inaugurado la toma de posesión, colocando una gran cruz. Esta ceremonia se ha verificado en medio de una gran concurrencia.

Asistían muchos protestantes. Cuando la cruz se elevó y clavó en el centro del terreno, el P. Prior de los premostratenses tomó la palabra y habló del misterio de los dos árboles, que simbolizaban los destinos de la humanidad. El primero, plantado en el Edén, origen de todos nuestros males; el segundo, en el Gólgota, manantial de todos nuestros bienes. Terminó su discurso asegurando que esa cruz, hoy plantada en medio de esa excelente población, sería para ella más que nunca, como siempre ha sido para toda la humanidad, un principio de paz, de unión, de felicidad en esta vida, á la vez que prenda de eterna salvación. Terminó dando gracias á Inglaterra por su cortés hospitalidad, y su discurso fué saludado con los gritos de ¡Viva la Cruz! ¡Viva Inglaterra!

Escriben de Londres, á *L'Univers* de París:

“Las columnas del *Tudlet* están muy animadas estos días por correspondencias y controversias, sobre la actitud que debería tomar la Unión Católica de la Gran Bretaña. La Unión Católica, que está presidida por el Duque de Norfolk, y que cuenta con afiliados y corresponsales en todo el Imperio británico, ha observado siempre, como primer artículo de su programa, el estar fuera de toda acción política propiamente dicha. Hoy los católicos ingleses se dan cuenta del desarrollo y de la importancia que toma todos los días el movimiento católico en el Reino Unido, y quieren emplear esta fuerza en el terreno político.”

—En la Memoria presentada por los inspectores eclesiásticos á la Asamblea católica, verificada en Sanit-James Hall, bajo la presidencia del Emmo. Sr. Cardenal Manning, se consignaron los siguientes datos sobre las escuelas católicas de niños pobres:

1.º Que dichos inspectores visitaron durante el año último 251 escuelas.

2.º Que de estas 251 escuelas, 175 eran escuelas parroquiales, 6 escuelas de pobres socorridos por la ley, 5 escuelas industriales y de reforma, 11 hospicios y 55 escuelas superiores.

3.º Que el número de alumnos examinados, que era en 1857 de 8,000 y en 1865 de 11,000, fué el año último de 20,672.

4.º Que durante dicho año, se crearon escuelas nuevas, ya donde no existían antes, ya donde, al lado de las escuelas existentes, las necesidades crecientes de la población requirieron otras.

5.º Que una sola escuela no llenó las prescripciones de la ley, y fué reemplazada por otra, cuya fundación costó 2,500 libras esterlinas.

Cuanto á la población escolar, hubo inscritos en las 175 escuelas parroquiales 25,000 alumnos, de los cuales asistían por término medio 17,000; el día de la inspección asistieron 18,700; 3,140 niños fueron alimentados y albergados en las escuelas de los pobres, y en los hospicios y escuelas de reforma. Hasta hoy hay ya un aumento de 362 niños en la población escolar. Esta marcha ascendente continúa desde hace diez y seis años.

Por lo que hace al *Westminster Diocesan Education Fund*, esta buena obra inauguró sus trabajos buscando los maestros á sus alumnos en las calles, en las plazas ó en las escuelas protestantes.

La Cruz.

SECCION DE VARIETADES.

Poder del arrepentimiento.

“Había un señor, rico y poderoso, que vivía en su castillo, del cual no salía sino para guerrear, asolar los campos de sus vecinos, saquear los pueblos y robar los viajeros. Era tan malvado y cruel, que nada humano le había quedado en su corazón más que el amor á su mujer, apacible y bella criatura, que pasaba los días y las noches llorando las maldades de su marido, y pidiendo á Dios que se le perdonara. En vano su marido le rodeaba de cuantos goces dan el lujo y la riqueza; de nada disfrutaba la humilde señora; nada quería, nada deseaba, sino la conversión de su marido.

“En una espantosa noche de invierno en que el cielo, desencadenando tempestades, parecía querer acabar con la tierra, estaba sentada la señora delante de una gran chimenea en que ardía una brillante hoguera. El viento mugía entre las torres, cual si le enojara su resistencia; las nubes arrojaban sus aguaceros con ira; los relámpagos atravesaban caprichosamente las tinieblas, como espíritus malos: todos los vivientes buscaban abrigo contra la inclemencia de aquella lóbrega noche. El señor del castillo aún no había vuelto de su correría, y su angustiada esposa rezaba.

“Oyóse llamar á la puerta, y poco después un criado entró á la estancia, y dijo á su ama que dos pobres religiosos, cansados, casi muertos de frío y de necesidad, perdidos en aquel país agreste, pedían ser acogidos en la fortaleza, aunque fuese en un establo. La buena señora se sobrecogió, porque sabía que su marido odiaba á los religiosos; y le era tan sumisa, que ni el bien se atrevía á hacer sin su beneplácito. Pero ¿cómo rehusar á los santos varones una súplica tan humilde?

—“El señor no lo sabrá, dijo el buen criado, que al ver á su señora suspensa adivinó sus pensamientos; al rayar el día se irán.

“No bien hubo salido, cuando sonó una trompa, y el golpe de los caballos anunció la llegada del señor. A poco rato entró, y después de haber trocado su armadura teñida en sangre, con un rico vestido de seda forrado de suaves pieles, se sentó con su mujer á una mesa profusamente servida de ricos manjares, sobre la cual innumerables bujías blancas, finas, esparcían su melancólica y pura luz.

“La castellana, elegantemente vestida con un traje de terciopelo verde bordado de oro y pedrería, no comía; el resplandor de las luces se reflejaba en los brillantes que cubrían su frente y en las lágrimas que surcaban sus mejillas como otro adorno más, porque eran de aquellas con que el corazón hermosa el rostro.

—“¿Qué tenéis? le dijo su marido con cariño.

—“No respondí.

—“¿Temáis por mí en esta noche de espantoso temporal? Pues fuera temores, ya me tenéis aquí sano y salvo; pésele á Satanás.

“La hermosa castellana no respondía y seguía llorando, porque las lágrimas son hermanas bien avenidas; á una sigue otra, en pos de una van mil.

“Pero él, á quién su ángel bueno había guardado en

su corazón el amor á su mujer, como un áncora de salvación, se afligió de verla llorar, y le dijo:

—“Contadme, señora, lo que os aflige, y juro por mi espada, enjugar vuestras lágrimas, si está en mi poder hacerlo.

—Señor, respondió su mujer, lloro porque mientras aquí disfrutamos de todos los bienes de la vida, otros carecen de lo necesario; porque mientras esa llama se levanta viva, alegre y nos envía calor como una caricia, otros tiritan de frío; mientras estos manjares excitan el paladar con sabrosas exhalaciones... otros, señor, tienen hambre... y por eso se anuda mi garganta y no puedo comer....

—“Pero, señora, le dijo él, ¿quién sabeis que se esté muriendo de frío y de hambre?”

—“Dos padres religiosos, señor, que me pidieron albergue y están en la caballeriza.

“El marido frunció el ceño.

—“Frailes! dijo; holgazanes, pancistas, petardistas, que querrían regalarse á mis expensas.

—“No han pedido más que un techo y un poco de paja.

—“El castellano llamó un criado.

—“Oh señor, señor! dijo sollozando la castellana, no los hecheis fuera! acordáos de vuestra promesa.

—“Perded cuidado, contestó el marido; comerán, se calentarán, y además me servirán de diversión. ¡Ya vereis!

“Mandó en seguida á los criados que los trajesen á su presencia.

“Dispóse, esto no obstante, el amargo humor chancero del castellano, como la fría y opaca niebla que levanta la noche de un pantano á los primeros rayos del sol, cuando se presentaron á su vista los religiosos. Por un impulso involuntario se puso en pié, y la impía chanza que asomaba á sus labios, retrocedió como una serpiente que se encoje y se vuelve á su cueva.

“Ello era que había en el rostro del más anciano, en los cabellos blancos que coronaban su vejez como una orla de albas rosas la juventud, en la serenidad de sus ojos, en la gravedad de su boca, una dignidad que imponía, una mansedumbre que atraía, un poder capaz de sujetar y conmovier una alma corrompida y helada.

“Mandóse el señor sentar á la mesa, y guardaron todos silencio por un breve rato. Pero el religioso, fiel á su misión, hizo oír la palabra de Dios en aquel lugar de donde había sido desterrada, quedando encerrada en el corazón de la castellana como en un santuario. Callaba el señor y escuchaba mirando á su mujer, que con ansiosas miradas y cruzando sus blancas manos miraba al misionero, como el marino en noche de tormenta mira al faro que le indica el puerto de salvación, mientras que sus labios murmuraban:

—“¡Bendito es el que escucha!”

“Concluida la cena, cogió el castellano una vela, y alumbró y llevó él mismo á sus huéspedes al mejor aposento del castillo, donde ricas camas doradas, con colchones de damasco estaban dispuestas. Más los religiosos se negaron á dormir en ellas, diciendo que jamás descansaban sino sobre paja.

“Entonces el señor bajó á la caballeriza, y volvió cargado de paja, que extendió en el suelo.

—“Padre, dijo, rompiendo con un generoso esfuerzo el hielo de su corazón, yo quisiera volver á Dios; pero es imposible que el Señor perdone mis iniquidades.

—“Aunque vuestros pecados, repuso el misionero, excudiesen en número á los granos de arena del mar, á las gotas de agua de las nubes y á las estrellas del cielo, todos los borraría el arrepentimiento y los perdonaría la clemencia de Dios; por eso el pecador endurecido no tiene disculpa, y eso es lo que formará su eterna desesperación.

“Entonces el castellano, arrodillándose, confesó sus pecados, mientras que abundantes lágrimas de contrición caían de sus ojos sobre la paja en que se había arrodillado.

“Cuando el misionero, después de dar gracias al Señor misericordioso, se quedó dormido, sintióse traspor-

tado ante el divino tribunal. La eterna justicia tenía en la mano la balanza que pesa el bien y el mal; una alma iba á ser juzgada, era la del castellano. El espíritu infernal, con insolente triunfo, puso en una balanza el cúmulo de sus iniquidades. Los ángeles buenos se cubrieron la cara con horror y compasión. El alma gimió con dolor. Entonces se acercó el ángel de su guarda, ese ángel que nos pone el arrepentimiento en el corazón, las lágrimas en los ojos, la limosna en la mano, la oración en los labios; trafa algunas pajitas mojadas de lágrimas, y las puso en el plato opuesto de la balanza.

“El alma se salvó.

Quando el religioso se levantó á la mañana siguiente, halló el castillo en consternación.

Preguntó la causa.

“El castellano había muerto aquella noche.

FERNAN CABALLERO.

[“El Siglo Futuro.”]

La Misa del convenio.

Hé aquí un pasaje curioso, que extractamos de un estudio sobre las costumbres judiciales de Bretaña:

“Los Bajo-Bretones tienen horror á los letigios, y han aprendido de sus antepasados á tener gran confianza en Dios.

“Cuando dos compatriotas tienen una cuestión, prefieren someterla al cura del lugar, antes que al magistrado del distrito ó del cantón.

“Lo primero que hacen es ir á la iglesia, á pedir una misa de *convenio*. Las dos partes van á confesarse, y luego se presentan ante el altar. Después de haber hecho una oración con el sacerdote, se dirigen hácia detrás de la iglesia, sobre una pequeña esplanada que domina el cementerio, y allí cada uno expone y defiende su causa. El señor cura dá su sentencia; vuelven á la iglesia á oír misa, los dos contrarios se acercan á la sagrada mesa y comulgan juntos.

Así concluyen las diferencias.

(Del Almanaque de la Revista Popular.)

SONETOS.

A la Inmaculada Concepción.

Adán, en triste llanto sumergido,
Al Señor ofendido humilde implora,
Y oye luego una voz consoladora,
Que conforta su pecho condolido.

Un Dios todo de amor le ha prometido
Remedio para el mal que tanto llora;
Y en lontananza ve á la Vencedora,
Que el Señor entre miles ha escogido.

Y Adán contempló en aquel momento
A MARÍA, de gloria circundada;
Y de la Concepción viendo el portento,

Y por Dios la victoria decretada:
Así exclamó:—*¡oh dichosa culpa mía,
Que de tal gloria vistes á MARÍA.*”

II. José Castells.

Cantar tu hermosura dignamente
Quisiera, oh Virgen Madre, y tu pureza,
Y en dulces armonías la terneza
Y el afecto verter que mi alma siente.

Pero ¡ay triste de mí! no lo conciente
De mi rústica lira la aspereza. . . !
Adoraré en silencio tu grandeza,
Pegada al suelo mi abatida frente.

Piedad, Madre, piedad, si al saludarte,
Solo lágrimas tengo que ofrecerte,
Si solo con suspiros puedo hablarte.

Quien me diera morir, para mejor verte;
Toda la eternidad, para admirarte;
Todo el amor de Dios, para quererte.

Antonio Campo y Fabrés.

AVISO.

La agencia de **El Católico** no ha podido complacer el deseo de las muchas personas, que le han pedido el Catálogo de los libros de religión, moral y educación, por haberse retrazado su envío.

Pero, para suplir esta falta y llenar en parte esos deseos, se publica la siguiente lista de las obras que actualmente se encuentran en su oficina.

(Continuacion.)

Los malos periódicos.
Manual del apostolado de la prensa.
Octavario á Cristo resucitado.
¡Pobres espiritistas!
¿Qué hay sobre el espiritismo?
Ricos y pobres.
Nimiedades católicas.
Mes de Junio.
La Biblia y el pueblo.
Ayunos y abstinencias.
Matrimonio Civil.
El concilio, la Iglesia y la infalibilidad.
El purgatorio y los sufragios.
El culto de San José.
El culto de María.
El Protestantismo, de donde viene.
El culto é invocación de los Santos.
Efectos canónicos del matrimonio Civil.
Misterio de la Inmaculada.
El púlpito y el confesionario.
Colecciones de Biblioteca ligera.

Obras de Chateaubriand.

Los Mártires.
Atala y René. El último abencerrage.
Itinerario de París á Jerusalén.
El Jenio del Cristianismo.
Los Natchez.
Viajes á Italia y América.
Memorias de Ultratumba.
Ensayos sobre las revoluciones antiguas.

Obras de Trueba.

Cuentos de color de rosa.
Cuentos populares.
Cuentos de vivos y muertos.
La paloma y los halcones.
Narraciones Populares.
Marí Sauta.
Capítulos de un Libro.
El Gabán y la Chaqueta.
Cuentos del hogar.
El Libro de los Cantares.
Historia de la Religión que debe leer el cristiano desde la niñez hasta la vejez, sacada de los Libros Santos, por Santiago García Mazo.
Historia General de la Iglesia, desde la predicación de los Apóstoles hasta el Pontificado de Gregorio XVI, por el Abate Berault, corregida y continuada por Baron Henrion, bajo la dirección del Revdo. R. D. Ramón Boldín y censurada del Doctor Don

J. Palan, 11 tomos pasta.

Historia universal de la Iglesia por Atzogg y continuada por Don Vicente de la Fuente.

Obras de Don Juan Martí Cantó.

El Pan Nuestro de cada día.
Angel del Peregrino.
Siete Dolores de María.
Aroma de la infancia.
El día grande del alma cristiana.
Cantos religiosos.
Historia de Monserrat.
NOVENARIO DE LA INMACULADA.
Arte de encomendarse á Dios.
Tratado de las notas de la Iglesia.
Tratado de la existencia de Dios.
Tesoro de protección.
Biblioteca de la familia cristiana, colección de novelas y leyendas morales, reunidas en siete tomos cada ejemplar.
Cartas cristianas y cartas morales del Padre Areso (las dos en una, piel de color.)
Cartas doctrinales, Preceptos del Decálogo.
Cuadрупani. Documentos para tranquilizar las almas timoratas.
Cobbet. Historia de la Religión protestante.
Cobbet. Nuevas Cartas.
Confesiones de San Agustín.
Combate espiritual.
Cobinet. Instrucción de la Juventud.
Camino de los Santos.
Consideraciones sobre el Pontificado Católico.
Coloquios con Jesu-Cristo.
Cisma acaecido en Francia.
Catecismo del orador ó el Catecismo Romano.
Confesiones sobre las doctrinas.
Civilización del día.
Catecismo de controversia, contra los protestantes.

Obras de Monseñor Segur.

El soldado en tiempo de guerra.
Avisos y consejos.
La confesión.
La confesión y comunión.
Consejos prácticos.
Contestaciones.
El dinero de San Pedro.
La Divinidad de Jesu-Cristo.
¿Hay un Dios, que se ocupe de nosotros?
El infierno.
Josefina.
La Libertad.
Las maravillas de Lourdes.
La Francmasonería por Ramière.
La Misa.
El Niño Jesus.
La Oración.
La Pasión.
La religión al alcance de los niños.
La sagrada comunión.
El Sagrado Corazón de Jesus.

Obras del Padre Ventura de Ráulica.

La Razón Filosófica.
La Creación, un tomo.
Confesión Sacramental.
Tesoro escondido.
Bellezas de la Fé.
La Madre de Dios.
Escuela de los milagros.
La mujer Católica.
Delicias de la piedad.
Glorias del Catolicismo.
La Tradición.
Filosofía cristiana.
La mujer cristiana.

[Continuará.]

TIPOGRAFÍA DEL COMETA, CALLE DEL COMERCIO.